

RESEÑA

Sujetos Coloniales: escritura, identidad y negociación en Hispanoamérica (siglos XVI-XVIII), Cabanillas Cárdenas, Carlos F. (ed.), New York: Instituto de Estudios Auriseculares, 2017, pp. 283.

DOI: <https://doi.org/10.5565/rev/nueind.29>

BERNAT GARÍ

Fernando Ortiz, en lo que podríamos calificar de «hallazgo feliz», equiparó el sujeto americano al ajiaco. El principio constitutivo del ser americano, ubicado en el epicentro de una amalgama en la que se entrelazan culturas y tradiciones, es el mestizaje; y el mestizo no es un guiso hecho, sino que es ajiaco en «constante cocedura». Los capítulos del libro editado por Cabanillas Cárdenas participan de la problemática inherente a la transculturación. En efecto, la condición de posibilidad de la transculturación es asimétrica y fluctuante y su carácter no es necesariamente contrahegemónico como lo pensó Ortiz. El sujeto americano es el resultado de una serie de pactos, negociaciones y claudicaciones que, al amparo de la virulenta dialéctica entre opresores y oprimidos, dio de sí distintas configuraciones de la identidad americana. En este libro, distintos estudiosos rastrean un amplio arco de discursos en los que se materializa la transculturación como narrativa indiciaria de lo americano. Criollos, mestizos, colonizadores, cimarrones, indios y esclavos armaron una narrativa especular en la que proyectarse y reconocerse. Ellos son los protagonistas del enjundioso estudio editado por Cabanillas Cárdenas. Veámoslo a través de algunos capítulos de especial relevancia.

En el primer capítulo del libro, por ejemplo, Rolena Adorno se propone revalorizar la figura de Sigüenza y Góngora en tanto estudioso del pasado mejicano quien, en la línea de Garcilaso el Inca en zona andina,

postuló una continuidad entre la época precristiana y la cristiana: las culturas amerindias fueron el instrumento de Dios, según Sigüenza, para allanar el camino a la fe verdadera. La relectura del pasado posibilita la articulación de un hogar propio: «la patria, para Sigüenza, es, en una palabra, la respuesta al olvido» (2017: 28).

En el segundo capítulo, «Subversiones (o no) en la poesía colonial, y la construcción crítica al margen del texto», Ignacio Arellano arma un ensayo solvente, de gran rigor filológico, marcadamente distanciado de los *cultural studies* y de toda aquella mugre que Harold Bloom catalogó, con osadía y acierto, como «escuela del resentimiento». Arellano trabaja como un «filólogo viejo»: con seriedad, con ceño fruncido, y sin dejar que el corazón dé al texto las alas de Ícaro.

En el cuarto capítulo, «La retórica clásica en la *Instrucción* de Titu Cusi Yupanqui», Marguerite Cattán nos lanza un nuevo reto: abordar la lectura de la *Instrucción* de Yupanqui como recodificación especular de la retórica clásica. A tales efectos, la autora despliega un marco teórico desde el que rememora algunas estrategias cenitales de la retórica aristotélica para, después, cifrar de qué modo Yupanqui pudo valerse de las tres constantes de la persuasión (*logos, pathos, ethos*) para estructurar su *Instrucción*.

Beatriz de Alba-Koch, en el quinto capítulo, «Los indígenas en la obra de Fernández de Lizardi: justicia, caridad y devoción», presenta un Lizardi a caballo entre dos épocas y dos mundos. La escritura bipolar de Lizardi amalgama la tensión que se entrecruza en el interior de los autóctonos, nacidos en un contexto interétnico, y escindidos por haber sido súbditos del imperio español a la par que ciudadanos del México independiente.

En el sexto capítulo, Miguel Donoso Rodríguez recupera los cuadros bélicos y estampas de guerra desperdigados en la historia de Alonso de Góngora. Nuevamente, la dramática confluencia entre historia y ficción y su resultante tensión se materializa en la obra de Alonso de Góngora, que recrea las fatídicas luchas que mantuvieron en vilo a mapuches y españoles durante décadas.

Esperanza López Parada abre el décimo capítulo con su excepcional escrito, «La genealogía como dispositivo de identidad: un príncipe

melancólico en la línea sucesoria», que nos sitúa en la potente dicotomía génesis-genealogía. Según la autora, «si toda génesis impone un principio, toda genealogía lo recrea» (195), lo que permite concebir el rastreo genealógico de todo artefacto autoficcional como dispositivo productivo de identidad. La genealogía nos define en un plano ontológico, y, en esa línea, la autora examina la agudeza y el dinamismo con el que Garcilaso el Inca trató de desproblematizar su esencia dual.

El estudio de Gisle Selnes en el duodécimo capítulo, por poner otro ejemplo, desarrolla, primeramente, el potencial explicativo que tradicionalmente se ha conferido al naufragio en la literatura en tanto «apertura a horizontes no previstos» (243). Tras un delicioso recorrido con sucintas alusiones a Homero, Virgilio o Alfonso X, y tras fundamentar la escisión identitaria del naufrago –«se trata de un sujeto fuera de lugar» (244), o, en términos heideggerianos, «ser-en-tren-de-hundirse» (245)–, con un marco teórico que abarca a Kant, Derrida y Žižek, entre otros, la autora desenreda la complejidad categorial del naufragio como punto de encuentro con la alteridad y como catalizador de la disgregación de las utopías renacentistas importadas de Europa.

Los capítulos que integran este volumen, así como su disparidad temática y metodológica, dan fe de la intrínseca complejidad que la transculturación acarrea en tanto categoría indiciaria de lo americano. Las voces que se abrazan y funden en el curso de la transculturación son distintas, antagónicas acaso, como los discursos desplegados en los capítulos del tratado editado por Cabanillas, como si el libro obedeciese a una lógica transcultural, en donde la pluralidad converge en el uno y en donde la discrepancia se resuelve en una insospechada afinidad: la del hombre que se descubre en el otro y que restablece en lo múltiple el sustrato metafísico de la unidad.